

## RAFAEL CABRERA MALO

Tema: “Estudio Psicológico de Bolívar”  
23 de julio de 1916

*Señores Académicos:*

Os doy las gracias por la honra que me habéis conferido al recibirme en vuestra docta compañía, para ocupar entre vosotros el puesto vacante por la muerte del Presbítero Doctor Ricardo Arteaga.

El Presbítero Doctor Ricardo Arteaga fue un distinguido compatriota nuestro que nació en Cuba el 30 de octubre de 1843 y llegó, por primera vez, a este suelo, cuando aún se reflejaban los prístinos melancólicos fulgores de la Estrella Solitaria sobre el charco de la sangre de Narciso López, aquel cubano insigne, nacido en Venezuela y muerto, por la libertad de Cuba, en el patíbulo de Cárdenas, con la sonrisa en los labios y los ojos clavados en la visión suprema de las generaciones prosternadas ante la santidad de su martirio...

Soldado del Protomártir, Juan de Arteaga, su padre, fue allá, en la Patria de Martí, un voluntario de la República antes de que la República existiese; un fanático de la Igualdad, en tiempos de castas y de fueros; conspirador irreductible para quien las derrotas contaron como simples episodios precursores de victorias; y, Quijote, él también, como su jefe; y, de esta guisa, descendiente en línea recta de la gran familia boliviana de los Redentores de propios y extraños, oriunda, como se sabe, de algún ignorado lugar de la Mancha y definitivamente avecindada, como en el propio solar nativo, en nuestra Patria. Doña María Montejo, su madre, fue dama de prendas discretísimas y de virtudes cristianas, a quien mis informaciones personales me describen, a falta de empingorotados abolenos y de mundanas biografías, y quizás por lo mismo, que nunca las hubieron las esposas honestas, como espejo clarísimo de casadas y mujer de valor, para decirlo con palabras del Espíritu Santo.

El padre, un guerrero: un alma de ternuras y de lágrimas, la madre... De semejantes antitéticos afluentes hereditarios transfundidos en una sola vida, no podía surgir, lógicamente, sino el hombre bravío y misericordioso; el ser extraño, de continuo solicitado por casi inconciliables deberes que, en ocasiones excepcionales, logran confundirse en una suprema armonía y cuya aparición en el mundo no data sino del Evangelio: un sacerdote. Y el padre Arteaga fue todo eso. Cuantos lo vimos vivir aquella su vida, ni tan alejada del mundano tráfago que hasta él sus gritos de angustia no llegasen ni tan mezclada al mundano tráfago que fuesen bastante a contagiarle sus culpables alegrías, damos fe de su intensa vocación. Enérgico, exaltado, inquieto, era, en la Cátedra universitaria, raudal de sapiencia despeñado de las cumbres tormentosas de la Santa Teología; y a la cabecera del lecho de muerte de los desvalidos, pastor cuya palabra, llena de instancias materiales y de premiosos ruegos, era como ventana

abierta sobre el infinito, por donde las pobres almas, sedientas de belleza, de bondad y de justicia, se asomaban confiadas con divinos temblores de emoción.

Y nada de agresivo ni de hostil en su sacerdocio. Ágil, parlero; en el habla, elegante; en las costumbres, intachable; bajo la sotana pulquérrima, se adivinaba al Doctor laureado, al buen humanista, al conocedor desencantado de las Ciencias humanas en cuyas Universidades había hecho estudios hondos y alcanzado loas de cuenta. Alma adentro despreciaba la fama, galardón solo del éxito, por conocer de cerca a los que la otorgan y a los que la reciben; y con todo y vivir a la vera de sus libros santos, elevando su corazón y el de sus feligreses, gozábese, cual si en paganas libaciones apurase vino añejo, en las páginas de los clásicos hispanos, griegos y latinos, hojeados al atardecer, en la rosaleta, siempre en flor, de la vetusta casa parroquial, bajo la troje de vides; y los que solíamos visitarlo nos deleitábamos con sus discursos, gustábamos sus conceptos y eran bastantes a una sabrosa fiesta espiritual su docto filosofar en materias trascendentes, sus gentilezas al narrar las andanzas de su vida y aquel decir suyo, tan donairoso y picaresco que, excitar su facundia, era como echar a volar sobre los pámpanos un enjambre de áticas abejas...

Orador sagrado, su elocuencia fue la genuina, inspiradora de contriciones, la que hace abominable el vicio, deleitosa la virtud y cautivador el deber; elocuencia, por tanto, adecuada a la penumbra de los Santuarios, hasta los cuales no estaría bien que llegasen los ruidos del mundo ni menos las cosas que los producen; y que para nada ha menester las peligrosas pompas de la elocuencia profana; que, fin suyo no fue nunca el deleite de las humanas concupiscencias ni jamás cifró ella su gloria en la vanagloria de los aplausos estériles, fáciles de arrancar a escépticos e incrédulos ni en las ficticias excitaciones de los públicos elegantes, sino en la consolación de hondísimas congojas, en la saciedad de todas nuestras ansias de luz y de verdad y en la solución categórica de las inquietantes interrogaciones que surgen a cada paso en nuestra marcha a tientas por entre el error y la tiniebla, como Esfinges alucinantes.

Y es que, en religión, si deleitar es nada y enseñar es mucho, consolar es todo. Ni cátedra de filosofía ni tribuna política ni pórtico de retóricos, nada de eso debe ser el pulpito. ¿A qué dialécticas férreas, argucias de escolásticos o atavíos profanos? El Sermón de la Montaña, prodigiosa negación de todas las ineluctables realidades económicas, políticas y sociales; y quizás por eso, precisamente, ha sido, durante siglos, el milagroso arrullo que ha adormecido en la esperanza de las inmediatas gracias a innúmeras generaciones y el anhelo de sus beatitudes jamás llegará a desvanecerse en la conciencia humana. La fuerza del razonamiento, la superioridad de la dialéctica, las retóricas de alta presión, casi nunca aciertan con el camino de nuestras almas; y es por ello por lo que los hombres hemos escogido para Maestro nuestro no a Marco Aurelio ni a Epicteto sino a Jesús, cuya incomparable seducción procede del soplo encantador de esperanza y de fe que fluye de sus palabras y del acento particular irresistible con que, sugiriendo a sus oyentes: los pobres, los enfermos y los tristes: toda la incontable legión de los desheredados de la Tierra, la indiscutible evidencia, de sus promesas, nos convence sin esfuerzo de la perfecta sinceridad de sus propósitos; y, tanto que por poco sensible que seamos a la suprema

belleza de los recuerdos evangélicos, cuando nos abandonamos a ellos, los siglos transcurridos se desvanecen como ilusorios; revivimos al lado del Predicador Divino las horas efímeras de su tránsito por el mundo; y, todavía, al eco de aquellas sus palabras en que la Moral encontró expresión definitiva e intangible, experimentamos la misma emoción que experimentaron las primeras multitudes congregadas para oírlo y sentimos acrecerse en nosotros cuanto de bueno y de exquisito perdura aún en el impuro barro humano.

Bien sabía esto el Padre Arteaga; y, por ello empleó el don de persuasión que poseía no en loar a los grandes de la tierra ni en címbalo sonoro de fiestas y de disipaciones, sino en delicia, acaso única, en rocío santo que llovía desde su boca sobre las carnes laceradas de los leprosos a los cuales holgábase en socorrer con obras y palabras de miel y de unción. Y como si todavía se considerase insolvente con el Cielo que le había dado el don de la elocuencia, su ardor apostólico lo llevó a perderse, misionero de nuestra fe y de nuestra lengua, en las selváticas soledades del Orinoco, para ir a enseñar a las gentes ignoradas de aquellas regiones misteriosas, cuál es el Dios que adoramos y cómo es la Patria de nuestro corazón. Quien así desafió todos los peligros sin espera de renombre ni acicate de lucros; quien por fines tan idealistas arriesgó su vida y se lanzó en lo desconocido a llevar una existencia cruel y oscura en medio de tribus salvajes; quien así supo y quiso mostrarse todo un austero Confesor del Cristo; preciso es reconocer que tiene títulos incuestionables a nuestra admiración; preciso es proclamarlo asistido de la inmensa esperanza; o, si se quiere, de la inmensa sobrenatural ilusión que posee solamente a las grandes almas dominadas por la Fe.

Y fue ella la que lo sostuvo en todas las pruebas de su afanada vida y en las persecuciones que lo hostigaron en su avance a eminentes dignidades eclesiásticas, como abrojos que el hombre de dolor se arrancaba sin cautela, indiferente a la sangre que fluía de sus heridas o riendo de lástima por sus enemigos con aquella triste sonrisa suya que dibujaba en su finos labios un gesto lloroso. Nos dio cuanto tenía; y, para no recibir nada en pago ni siquiera la pobre oblación de nuestro llanto se ausentó de la Patria cuando ya comenzaba su lenta agonía, cuando ya caían sobre su vida las sombras crecientes del Ocaso y el silencio y el misterio de lo Infinito le llenaban el Espíritu. Murió en Cuba en 1915. Sinceras lágrimas y generales deploraciones sucedieron a su muerte. El Presbítero Doctor Ricardo Arteaga las mereció. Grande por el talento y por la Ciencia, lo era más aún por sus virtudes. Modesto, sencillo, atrayente, este luchador pertinaz que poseía el secreto de las consolaciones; este atleta impetuoso del catolicismo, que tuvo el don de lágrimas; este polemista invencible, era, en el trato ordinario de la vida, el más benévolo de los amigos y el más amable de los hombres.

Son gratas, a la par que saludables, estas rememoraciones de nuestros muertos; porque, al evocarlos, cumplimos el doble deber de ofrecerles el reconocimiento a que son acreedores y el de recomendar sus virtudes a la posteridad como ejemplos saludables, reveladores de la cantidad de infinito incorporada a sus modestas existencias. Nuestra labor resulta por ello de incomparable valía científica y moral,

porque sirve a impedir que se confundan en la dolorosa promiscuidad de las tumbas ignoradas miserias y esplendores, sombras y claridades, el oro puro y la escoria vil; y viene a afirmar la idea consoladora de que no hay ser humano, por mediocre o nulo que se tenga, que no pueda ser también un grande hombre en un instante cualquiera de su vida. Sobre cada uno de nosotros, desciende, no sé de dónde, en un momento inevitable y determinado, un rayo de luz —acaso el mismo que, al descender al fondo de los mares, cristaliza en el divino oriente de la perla— que suscita en nuestras almas opacas, heroísmos, inmolaciones, quimeras, esperanzas, ansias urgentes de realizar algo bellamente desinteresado; o, lo que es más grande todavía, el dolor lacerante de no haber podido realizarlo; con lo que, al elevarnos sobre la oscuridad en que yacemos, esclarece nuestra vida entera y prende en nuestras frentes un vivo destello de elección.

Desde este mi punto de vista, la jerarquía de los espíritus no es ya cualitativa sino cuantitativa, por lo que resultan hermanos, en la inefable gracia del brillo, el astro y la luciérnaga. Por descontado que ningún mérito se pierde. Los muertos de nuestro osario particular comparcen, sin desdoro, al lado de los inmortales. Las almas, efímeramente luminosas, cuentan a la par de las que siempre vivieron en ignición esplendorosa; y a la recordación patética de los que amamos, sucede, como en las asambleas de los ancianos testigos, la glorificación de los Héroe, de los hombres-fastos, cuyos gestos y empresas puede decirse que constituyen toda nuestra incipiente historia, tan honda y perdurable así es la influencia que han ejercido en nuestra vida nacional esos resúmenes increíbles de las apremiantes aspiraciones colectivas; esos ecos sonoros de millares de votos inadvertidos; esas encarnaciones extrañas de innumerables vidas oscuras, la actividad de las cuales absorbieron y cuyas energías silenciosas aplicaron al logro de empresas casi siempre indiferentes y casi siempre ininteligibles para los mismos que las costearon con sus vidas.

Tal Bolívar, que entre todos ellos, es el que más nos apasiona y quien más de cerca nos afecta, hasta el punto de que cuanto de él se diga o se escriba es ávidamente solicitado y a menudo desechado con tedio, porque ninguno de sus biógrafos, y no hago excepciones, llega hasta satisfacernos cumplidamente, llega hasta ofrecernos lo que necesitamos hallar en sus escrituras. Es que dos leyendas se anticiparon a la Historia; y esas leyendas, transfiguración idealista de los recuerdos del Héroe o reducción apasionada de sus grandes hechos, están llenas de elementos contradictorios, fundidos en un solo molde, en el cual, sin embargo de advertirse los retoques, se hace imposible, a la simple vista, discernir la verdad y los relatos legendarios, la obra de la crítica y el perdurable encono de sus detractores. En semejantes condiciones, no puede existir todavía una historia de Bolívar que baste a satisfacernos. Su talla ha adquirido tan desmesuradas proporciones; las prolijas idealizaciones del mármol, del bronce y de la palabra, le han dado a los ojos de los pueblos, tan enérgico relieve y tan olímpicas actitudes; y, por otra parte, la pasión ensañada en su memoria nos lo describe con colores tan satánicos y tan entrometido en aventuras equívocas, que, siempre será inaplazable deber patriótico recomenzar la devota narración de sus obras, y por mucho tiempo quedará siendo ideal de la Ciencia

el logro del asunto que he acometido: un estudio de la Psicología del Padre de la Patria.

Soberbio prototipo de humanidad superior, Bolívar, por la autonomía y la espontaneidad de su vigorosa individualidad y por la aplicación sostenida y enérgica de su voluntad, exaltada hasta el sacrificio e impuesta a viva fuerza sobre las tentaciones inferiores del egoísmo y las resistencias sociales, es, entre todos los Libertadores, el Libertador, por excelencia; y, entre cuantos fueron los genios de la acción, un genio más.

Fenómeno inesperado, brote solitario en medio de generaciones indistintas, cuya trama de gustos, tendencias e ideas seculares desgarró él, bruscamente; primero y último de su raza, surge y se eleva como una disonancia en el ritmo sosegado y soñoliento de los tiempos y de las multitudes que fueron en la vida sin reproche y sin memoria; y, si por la altísima originalidad de su inteligencia carece de antepasados y de herederos según la sangre, por la forma rara de su acción, carece de émulos entre sus contemporáneos.

¿De dónde viene? De donde vienen las grandes revoluciones morales de la Historia. De donde vienen todos los Libertadores. De donde vinieron Isaías y Esquilo, Hornero y Dante, Job y Mirabeau. De las profundidades inconscientes de la Humanidad. De la obstinada ilusión de los Pueblos realizada, al fin, en hombres o en cataclismos, que, al surgir, les abren horizontes infinitos de piedad, de justicia y de fraternidad. Se ha dicho, sin embargo, imponiéndole, de esta manera, antepasados inferiores bajo algún respecto a él mismo, que es un español, un resucitado del siglo XVI. La respuesta sería concluyente si el valor fuera su credencial única; si la potencialidad de pasiones arrolladoras y vehementísimas fuera la clave de su grandeza; si el valor fuera su título mejor; si el guerrero fuera la armadura de su fama; si la deslumbradora pompa de su oratoria constituyese el pedestal de su gloria; pero, comparadlo con Páez, comparadlo con Sucre, comparadlo con Coto Paúl, esas cumbres; y, ya veréis que entre ellos y él media una distancia incalculable. ¿Cuál? El Genio: la suprema originalidad: la inexplicable divergencia de calidad y de cantidad con todo lo aceptado; la flagrante repudiación del acervo hereditario que constituye al heredero renunciante en administrador pródigo de caudales sin origen conocido: lo que hay de más innato e indeterminable; lo que la herencia no puede dar porque no lo tiene: el factor personal, su principio antagónico; el principio de lo diverso frente al principio de lo semejante; su derogación imperiosa: un No, enfático, que es contradicción absoluta formulada por esos intrusos sublimes que se llaman Genios, contra los caracteres de su raza, contra los hábitos de su casta, contra la fisonomía histórica y las tendencias ancestrales de las generaciones en que aparecen, al igual de cometas perturbadores y terríficos, precursores de hecatombes.

¿De dónde viene? ¿Quién podría decirlo nunca? El don supremo que hizo de él el sólo ungido entre todos los domadores de multitudes que engendrara la Guerra de la Emancipación, igualmente llamados al mismo destino, por el mismo concurso de circunstancias, no ha revelado su secreto al fisiólogo; y la verdadera estirpe, los afluentes de su desconcertante individualidad, la última esencia de su genio —del

Genio— quedarán siendo inexplorables y continuarán siendo inexplicables como las silentes infiltraciones que del peñasco estéril hicieron brotar el chorro de agua viva del prodigio. Su genio, no tiene, por tanto, en el pasado vinculaciones estrechas, constitutivas de un estado civil averiguado; y menos se explica por la educación que, ni aún científica y metódica creará, jamás, inteligencias superiores donde no existen, y mucho menos como la suya. El despotismo inteligente de su volición concentrada en un sólo objeto, elegido libremente y perseguido obstinadamente, no es en él disfrute regalado de dones acumulados por otros y transmitido gratuitamente sino su obra individual. En esto, y no en otra cosa, estriba su grandeza. En esto también —odioso desquite de las mediocridades— una ciencia superficial y frívola querrá hallar la demostración de no sé qué miserables achaques mentales... No bastaba haberlo expropiado de su Yo. Era necesario, además, confinarlo por loco, arrebatándole así lo único que pudiera legitimar la saña de sus mismos detractores: la perfecta lucidez de su obra, atestiguada por la impenitencia final de sus yerros y por la suprema conciencia de sus actos.

La vocación inmanente se revela en él como un llamamiento de lo Eterno fuera de los límites del Siglo... Una entrevista con Humboldt, es, en la gran crisis moral que atraviesa, la revelación increíblemente fecunda, la palanca constrictora que oprimirá el gran resorte de su actividad intelectual, a la sazón, laxa y abandonada; y, desde ese momento comienza la gran fermentación de los gérmenes dormidos; el devorador trabajo del pensamiento; la autofecundación del deseo irresistible; y, bajo la enérgica sollicitación del ensueño miramos que surgen, no gradualmente, sino de una vez y apropiadas a su objeto, todas las potencias anímicas: la perseverancia, la atención, el juicio; la energía y las cualidades que ella supone: audacia, valor, confianza en sí mismo, ascendiente irresistible; todas las disposiciones predeterminadas: la ciencia infusa que, del signatario de la carta de Méjico, hará, a vueltas de pocos años, sin necesidad de aprendizaje especial, al hombre de Estado, al Táctico de la ofensiva, al Crítico irónico del Manifiesto de Cartagena; la Fe incontrastable que lo empujará hacia el Ideal remoto y lo hará ir, como un alucinado, llevando a costas la Patria, por el sendero, estrecho, rectilíneo, perdido entre farallones, ahondado por él solamente, a la vera de dos abismos: la Muerte y la Locura.

Porque no hay quien como él crea tan ciegamente en sus visiones. Podría decirse que la vehemencia de su deseo, realiza el objeto ansiado. Su fuerza está en su imaginación turbulenta, única facultad por donde procede de su suelo; y que en todas sus producciones se revela como la emanación directa de la selva: una incesante comunión panteísta con la Naturaleza. Releed su correspondencia. La chispa del Genio ha caído sobre él sin deformar el tipo nativo, por lo que es en ese aire de familia donde debe buscarse el secreto de su popularidad y de las grandes idolatrías que arrastrara. Entre la armazón espesa de su prosa desenfadada y virgen como una floresta guayanesa, la loca de la casa ha derramado a profusión yerbas fragantísimas y flores henchidas de mieles y de venenos que no los hay sino en América. Vivaces, implicantes, interminables, las ideas que lo obsesionan se enredan como lianas salvajes; trepan en espirales alrededor de los hechos, se desprenden de lo alto como

desatadas cabelleras y pasan de un pensamiento a otro pensamiento y de un suceso a otro suceso, a la manera de arabescos que enlazan su obra toda en una armonía indecible de aromas rústicos, de púrpuras violentas y de románticos murmullos.

Anotar sus doctrinas, criticar sus opiniones, sistematizar sus juicios, fuera tan arduo como contar pétalo a pétalo, el reguero de flores diseminadas en olorosa neblina por las faldas montaÑeras, en un amanecer de primavera. Es una embriaguez de verdad y de poesía que aturde al viajero. El crítico y el historiador, extraviados en esa maraña se tornan, repentinamente, insignificantes y tristes... Su estilo fluye, sin esfuerzo, como la savia en el bosque, como la sangre en las arterias juveniles; enjójase y esplende con los diamantes de todas las constelaciones; se dilata por los horizontes, inmóvil y profundo, como los grandes ríos sin cauce, llevando flores flotantes, nidos, efluvios olorosos, claros de luna; recogiendo a su paso, gritos nocturnos, cantos de pájaros, soplos de brisas, pedazos de cielo, todos los fugitivos acordes del gran registro de la naturaleza en delirio; y a la temblorosa luz de las estrellas o al breve fulgor de las luciÓlas refleja hombres, paisajes o sucesos que se concentran vigorosamente en la pupila del observador; y, lentamente, va a perderse, jadeante y turbio, por entre una avenida de sauces, en el inevitable remanso de las aguas muertas, por donde no pasará ya ni la alegría de una garza blanca y donde diríase que ninguna brisa lo hubiera rizado nunca, bajo las funcias y las eneas, sereno y triste para siempre, extinguiéndose como un canto de pájaros, al caer el crepúsculo, en la selva deshojada y doliente, bajo la fría majestad del Infinito.

Al lado de esa imaginación meridional, una sensibilidad nerviosa extrema; una aptitud desmesurada al logro del objeto que se ha asignado su espíritu y que se exaspera con la inacción y lo hace concebir en su alma sintética a la América y a él mismo como dos términos correlativos, uno de los cuales, el segundo, crece en fuerza y en originalidad a medida que adquiere la conciencia del primero. Desde luego, él es la primera víctima resignada de su idealismo insaciable. Su vida lo demuestra con elocuencia inaudita. Nostalgias, exaltaciones melancÓlicas, decepciones, todo lo que para la humanidad común es desperdicio sentimental o actitud romántica, es para él realidad torturadora. A cada pasión nueva cree estrechar su quimera; y de decepción en decepción llega a Santa Marta y muere desesperado en un perfecto aislamiento moral. El paroxismo del deseo lo lleva sin transición del amor al odio, del éxtasis al furor, del entusiasmo desbordado al irremediable desaliento. Es, en lo excesivo, en los extremos, donde se manifiesta su actividad. En el término medio, sus impulsos decaen. Allí está su zona neutra, la indiferencia, que es el aniquilamiento de aquéllas, la ponderación que se traduce en el reposo; es decir, en un imposible, porque Bolívar no lo conoció. Su descanso fue el pelear...

En esto se reconoce al descendiente del Hidalgo Manchego; pero, ahondando en su organización, desordenada y excepcional, al observar, cómo en su perenne tensión emotiva, la desigualdad brusca y el disgusto furioso se traducen en ironías sangrientas y en sátiras implacables aun contra sí mismo, uno piensa sin quererlo en Hamlet... El exaltado se codea con el humorista y el visionario, en perpetua erupción volcánica, lleva a cuestras un burlón inexorable. Pero allí concluye toda semejanza, porque,

bruscamente, todos los rastros genealógicos se pierden y nuevos elementos inidentificables se divisan: son su individualidad genial y ese yo no sé qué, imprevisto, contradictorio e irreductible a otros elementos, que constituye la Inspiración.

Su cerebro es la caldera del hechizo shakesperiano. ¿El mal es bien? ¿El bien es mal? ¡Qué importa! Lo indiscutible es que, en el fondo, está el milagro. Aguardemos, si no, que un rayo de la revelación superior, descienda sobre el caos informe; que Jacob triunfe, esta vez, no del ángel sino del espíritu subalterno que lo asedia, y, por cima de la orgía sabática, a distancias inmensas todavía, percibiremos una cintilación de estrellas en los espacios sin fondo: el Ensueño: la Visión del triunfo: lo que concreta los anhelos precisos de su alma... ¿El Cielo? No ¡La Bandera! Y, entonces, su voluntad salvaje, que piafa y se encoje ya bajo los espolazos del Destino, de un salto se erguirá ante él para oponerle un reto; y, como en interminable *Sursum*, así, en incansable alumbramiento, se sucederán las victorias, poemas enormes elevados al Ideal que lo lleva, de etapa en etapa, por entre calmas súbitas y rebeliones magníficas, a la última, a la definitiva certidumbre de una Patria y de una humanidad dignas de su gran corazón... ¡y a la tristeza del inútil sacrificio!

Aquel mal de su siglo, aquel pesimismo que surgiera y surge: de la hipertrofia de la inteligencia, en el pensador; del exceso de anhelos, en el artista; de la ausencia de cuidados, en los poderosos; en la gran mayoría de los humanos, de desórdenes pasionales, de grandes infortunios y decepciones reales o imaginarias, jamás lo contagió. ¿Quiere esto decir que fuera un creyente, un fiel cristiano? El pobre fraile de 1812, juraría que no; y, sobre el testimonio contundente de los espaldarazos recibidos de la mano firme de él en horas de terremoto, aduciría prolijos malcasos de clérigos realistas; y, a todo viento de doctrina, aquello de los Gobernadores del Arzobispado y esotro de no persignarse en misa, ya apuntado por el jugoso y doctísimo Unamuno. Pero, lo contrario es lo cierto. El Libertador fue cristiano. No diré yo otro tanto de Bolívar, sin especiales reservas; pero que, el Libertador lo fue, y fervoroso, en sus escritos; y, además, católico y romano, no hay duda. En Angostura, habla de la Religión de Jesús, para dolerse de la orfandad espiritual a que lo ha reducido, en unión de sus gobernados, el fallecimiento de un Obispo y para proclamarse Jefe de un pueblo cristiano que nada puede separar de la Iglesia Romana. Después, declarará que la Religión es la ley de la conciencia y, Kant no iría más lejos, confesará la evidencia metafísica de los dogmas sagrados; categórica declaración ésta de Moral teológica que bastaría por sí sola a un aguerrido Director de conciencias para absolverlo, sin más rigores, porque la moral, única como la Geometría viene de Dios, como la luz, según Voltaire, a quien cito con intento. Finalmente, ordenará suspender las cátedras de derecho para reemplazarlas con las de Apologética e Historia Sagrada, a efecto de que los cursantes afirmen su fe, resistan estímulos y rebatan sofismas... ¿Atavismos? ¿Influencia del medio que le ofrece en cada jornada de sus ecuestres ambulaciones por la América, convicciones de repuesto? No. Es que dieciocho siglos de cristianismo y veintidós de metafísica son más difíciles de escalar, y él lo sabía, que las murallas de hierro de las dictaduras sin límites, aún de un genio como él...

Esta cuestión es muy ardua, muy difícil, laberíntica, como, acaso, lo pensara él mismo, en sus últimos momentos. Sin embargo, no la creo insoluble. La idea religiosa tiene esto de particular: que raras veces se la encuentra en estado puro; y anda a la continua, combinada con los actos y los sentimientos de los nombres, en términos tales que donde menos presumimos encontrarla, allí está; y, en tales proporciones que si la sublimamos, como decían los viejos alquimistas, en muchos de ellos, nulo, insignificante e incoloro sería el residuo que quedaría, hecha la eliminación de esa esencia sutilísima e inasible incorporada en nuestra conciencia, sin que nos percatemos nosotros, como la energía solar en la hulla y en el diamante.

Bolívar es una comprobación de nuestro aserto. ¿Qué es en él su antipatía orgánica hacia todo lo que considera egoísmo y sus dilataciones: afán de lucros, cobardía, aristocracias y regionalismos? ¿Recuerdos de Robespierre, de Barere o de Saint-Just? ¿Instinto de guerrero que lo hace ver en toda difusión del mando —asambleas, cuerpos francos, caudillos locales— venero de desastres militares? ¿Egoísmo, a su vez, que lo conduce a sofocar en germen las Patrias Chicas, segundo grado evolutivo, en Venezuela, de la vieja autonomía de los cabildos y, con ellas, los rivales posibles? Nada de eso. Su odio al egoísmo es moral aprendida en Spinoza: panteísmo realístico, que condena la ilusión de la propia personalidad como adversa a la verdad única de un mismo y solo Ser: unión, con la masa de nuestros semejantes, en un propósito a la imagen de lo Invisible; toda una Estética y una Moral; la expresión de una Metafísica cuya última palabra es: *Sacrificio*; y de una religión, caracterizada por la afirmación de la fraternidad humana ante el estupor de las Eternidades. Pero su religión no es el paganismo griego ni el cristianismo ingenuo de Jesús ni se parece tampoco al deísmo de los cuatro dogmas y menos al de las abstracciones personificadas' de los Enciclopedistas del siglo XVIII. El espiritualismo de Bolívar, vaya esta frase de transacción, es una combinación muy suya, de libertad antigua y de fe cristiana. Desde este punto de vista, es un pensador sin disciplina, una inteligencia consustanciada con las fuerzas del Mundo, poseída de una especie de entusiasmo dionisiaco; pero que, de grado en grado, se eleva espontáneamente hasta la Causa Suprema, Inteligente, Necesaria del Universo: Dios.

Así, las influencias históricas, no consentidas, se delatan en él; pero, al lado de la tradición convive en su cerebro el esfuerzo lógico del razonador que sintiéndose prisionero dentro de las construcciones del pasado, aspira a demolerlas para rehacerlas conforme a los preceptos de la ideología reinante en su tiempo y a las deducciones abstractas de los filósofos franceses del siglo XVIII. Cinco o seis ideas especulativas aprendidas en ellos e interpretadas conforme a sus instintos de Caudillo, constituyen, a los ojos de él, por un concurso de circunstancias cuyas consecuencias palpamos todavía, materiales suficientes para la ciudad ideal que trazó, como un geómetra político, en el papel de sus Constituciones; seguro de realizar en ella lo que no se había visto nunca, salvo en los cromos bíblicos: la perfecta felicidad de los hombres; la fraternidad de los instintos enemigos; las libertades inviolables, señaladamente la Civil, que entendió correctamente, según Montesquieu; y la concepción del Derecho, surgiendo, por una especie de generación espontánea, de las inteligencias

repentinamente trasmutadas; y condensada, esta vez, al menos, según su querer: en Códigos que no serían dictados por la Antigüedad ni por Reyes conquistadores, sino por la voz de la naturaleza, por el grito de la Justicia y por el Genio de la Sabiduría.

Inadecuados, frágiles, exóticos, los materiales escogidos, sus primeros ensayos demuestran la escasa durabilidad del edificio; y es lo peor que cuando las grietas deladoras acusan no el fracaso del geómetra ni el de los principios, sino una antítesis violenta entre las fundaciones especulativas de la razón pura y la despótica energía de los tres grandes factores históricos, antítesis ya denunciada por él mismo, el arquitecto, falto de aliento para recomenzar aquél sobre bases no tan idealistas esta vez, sino conforme al medio en que edifica, ha desesperado de sí mismo y comprende, ya tarde, que ha arado en el mar... Fatalidad inevitable de las grandes revoluciones de origen y procedimientos latinos: de métodos radicales y de planes ideológicos; pero, ¿dónde estaban las tradiciones? ¿Cuál era la Historia Nacional? ¿Sobre qué instituciones fundamentales podían él ni ningún otro echar los cimientos incommovibles de la obra revolucionaria?

América, al comenzar la guerra, no deja tras de sí sino el ergástulo ni tiene frente a sí sino el desierto. ¿Huellas? ¿Rastros? Sí. El viento que pasa; el sol que muere; la estela azul de algún meteoro que se apaga en lo infinito. En su perplejidad, hecha de terrores supersticiosos y de escalofríos animales, vacila ante lo desconocido; y he aquí que el siervo ya no quiere sino retroceder. Para impedirlo, el Impasible cava una demarcación infranqueable al miedo: la Guerra a Muerte, que, bien considerada, resulta un expediente sumario y recio a efecto de obligarlo a ser libre, conforme a la consigna de Rousseau. Ni archivos, ni cédulas ni pragmáticas. El viejo régimen y sus reliquias están irrevocablemente condenados, y el nuevo, si no está aún construido, lo estará, en breve, sobre un emplazamiento inaudito. Las doctrinas de los teóricos inmortales bastarán al empeño, como otras veces... Sólo que esas teorías no pudieron matar los gérmenes autoritarios de las tradiciones clásicas, greco-romanas y monárquicas que, a su pesar, pululan en ellas mismas; y una vez trasplantadas al Trópico habrán de producir las dictaduras del Estado, las centralizaciones políticas, las tutelas administrativas. Pero, de todos modos, América será y quedará siendo libre, según el incontrastable *Fiat* del yo omnipotente y solitario de Bolívar; en el sangriento éxodo revolucionario sus victorias detonantes serán las luminarias propicias; y de un tajo de su espada fulgurante trazará él al azar, en las tinieblas, la orientación inexorable del Destino...

Los instrumentos de que se vale para realizar su obra los crea él mismo, al necesitarlos, de una vez, sin tanteos, acabados, sobre la marcha, porque es un improvisador sin segundo que debe hacerlo todo de la nada: el patriotismo y los patriotas, la diplomacia y los diplomáticos, la ley y los legisladores, los generales y los soldados. ¡Qué soldados! Llaneros nostálgicos que lejos de la Pampa se morirán de frío; montañeses taciturnos; indios apáticos, esclavos irredentos: revuelta polvareda de gloria, todavía anónima, pero ya radiante entre los grandes soles; conjunción prevista de todos los humildes que, al inmolarse en silencio, van, en su ascensión a una mentalidad superior a ellos mismos, creando por la sola virtud de su sacrificio esta

Patria bendita que apenas comprendieron. No hay memoria de otros que hayan poseído en más alto grado las virtudes del guerrero, a saber: la frugalidad, la paciencia y el desprecio de la muerte. Duros, fatalistas, abúlicos, pasan sin quebranto de la holganza de las entradas triunfales a la miseria de las marchas premiosas, en busca de enemigos, por sobre los médanos, en los esteros ardientes, de cima en cima, en pos del águila, sembrando en las lágrimas para no cosechar en el goce. Todos oísteis el relato de sus penas cuando, agrupados en torno del buen Caballero de la Mancha, "el tal de Saavedra", trazó ante vosotros el cuadro de las miserias de los Tercios de Moneada y Figueroa. Igual afán. La misma paga, que no llega nunca; el hartazgo, con riesgo de vida y conciencias; un harapo, por abrigo; por lecho, la dura tierra; para calentarse en los páramos, el propio aliento, helado porque sale de lugar vacío, y por táctica, una sola, sencillísima, la de vencer, cuyo logro obscuro y dudoso no es obstáculo a la obediencia y cuyas voces se improvisaban; sólo que éstas debían tener eficacia de fórmulas mágicas porque siempre daban el triunfo. ¿Recordáis aquel: "Coronel, salve Ud. la Patria", de Pantano de Vargas? Eso no estaba aconsejado, que yo sepa, por guerrero antiguo ni moderno.

Y, sin embargo de todo, esa montonera adolorida es la imagen viviente y móvil de la Patria. Pueden diezmarla, extenuarla, acosarla; pero mientras que ella permanezca en pie que el enemigo no cuente con ninguna batalla definitiva ni con una conquista durable. Esa caravana anónima fue la que puso en marcha a la Historia. Allá va por los caminos, a la desbandada, contra todas las reglas de Alejandro y de Federico. Pues bien, aguardad que, de arriba, le hable el Dios que la guía; que una orden, no aprendida ni en Napoleón ni en Monte-Cuculli, pase por las filas rotas al azar de la voluntariedad o del terreno; y la montonera deplorable, al enroscarse como una víbora herida, rugiente como el león, avasalladora como el huracán, fulminante como la tempestad, impetuosa como el raudal, terrible como el hado, sacará en Boyacá, de la nada, la victoria, entre resonancias de epinicios inmortales; en Carabobo será el pasmo; un asunto de leyendas en Bombona; voluntad suicida en Pichincha; alba de libertad en Junín; y materia plástica, esmaltada al fuego de la hoguera trágica, donde un artista del Renacimiento cincelaré, no a punta de buril sino de espada, la joya invalorable de Ayacucho.

La causa de sus éxitos fue la de que poseyó un don único: el de transmitir a distancia sus ideas; el de ser un terrible sugestionador de multitudes y de hombres. He aquí por qué tenía en poco a Maquiavelo y a los demás socorridos maestros de los políticos de engañifa. De esto se ha querido deducir que no tenía la suficiente preparación científica para el Gobierno. ¿Qué tiene que hacer la Ciencia con la Política? El dominio y los métodos de la una y de la otra no tienen sino remotas analogías. Aquélla busca la verdad universal; ésta, más modesta, se conforma con posibilidades, logradas al precio de incesantes transacciones. No se trata una ambición como un ingrediente químico y una pasión o un interés no son entidades de laboratorio, sino realidades vivas y persistentes, cuyos conflictos no se resuelven con fórmulas algebraicas... Las verdades de bien público son verdades especiales que la teoría científica ignora; y he aquí por qué la erudición más acabada y la más alta

mentalidad fracasarán siempre, en todas las ocasiones en que el buen sentido cabal y el instinto del político de raza logran llegar a soluciones sorprendentes.

Todo Maquiavelo, como norma de gobierno, juzgo yo que no vale un ardite, comparado con las Instrucciones que a su ínsula se lleva y en su ínsula recibe el taimado de Sancho; y Bolívar debió conocerlas, porque no ha habido en América quien haya inspirado fe más a prueba de fracasos que él. Odiándolo y todo, amigos suyos lógicamente malhallados con la absorbente personalidad que sin reparo los constriñe y los hace servir a sus planes, no pueden vivir sin él; y cual si aquel su poder de fascinación irresistible acreciese en razón directa de las distancias, en abandonándolos él o en proscribiéndolo ellos, ya están los émulos desorientados y clamando porque vuelva de la ausencia; y en volviendo, allá se le van alborozados a proclamar su pesarosa superioridad. ¡Entonces, nada ha pasado! Su corazón elimina prontamente el veneno y no guarda ni la ponzoña del recuerdo. Cuando se procede así se corre el riesgo de que las represiones parciales sean vistas como arbitrarias, porque se llega a creer que las faltas comunes constituyen un derecho... Pero, de todos modos, su habitual longanimidad no es la íntima quietud del desdén, específico universal contra la maldad humana. Es un sentimiento más puro, casi divino: el perdón. Aquel arte de olvidar que el Estoico Emperador hubiera deseado, él lo poseyó.

Es, pues, el Caudillo por excelencia; porque es el Caudillo consciente de su energía hipnótica, que sabe consolidar los triunfos del natural influjo con una habilidad política sorprendente, cuando se piensa en la impulsividad de sus instintos o en la dureza de su tiempo; y con aquel inmenso desinterés suyo que lo lleva a sustraerse a todos los compromisos de casta, de familia y de rango: a todo lo que, apoderándose del vulgo de los hombres, nos amolda, nos dirige y nos rotula *perinde ac cadaver*, con la etiqueta imborrable del bando a que debemos pertenecer. Característica de los grandes fanatismos: la idea dominante elimina, presto, las otras concurrentes; y con esto sobreviene siempre la ruptura de las mil fatalidades que nos encadenan, la indiferencia de las cosas que a los demás apasionan y el menosprecio fundamental de cuanto no es la esperanza irresistible que nos devora el corazón. Desarraigado, en el sentido espiritual y también en el material del vocablo, uno se explica, sin esfuerzo, la suma de peligros que Bolívar representó para su época y la absoluta libertad de conciencia con que atravesó por en medio de todos los problemas religiosos, políticos y morales de su tiempo para llegar, exaltando la sensibilidad popular, a formar sobre toda cuestión social agitada una especie de partido del sentimiento.

Las numerosas calcomanías de su genio que se han perpetrado después, copiaron sus gestos de iluminado y las vehemencias de sus primeros movimientos; pero no se cuidaron de copiar aquel su desprendimiento de mando, de riquezas y de intereses que lo guiaba a desdeñar millones y a inmolar hasta el mismo honor a sus propósitos, ni mucho menos su nunca bien ponderada probidad de sentimientos que lo movía a reconocer enfáticamente sus yerros; a enmendar de continuo sus planes; y, sabedor de que los únicos inmutables son Dios y los tontos, con ninguno de los cuales guardaba semejanza, ir de rectificación en rectificación y de transacción en transacción al logro de su Ideal. En esto no ha fundado escuela en América; y la concurrencia póstuma de

émulos y rivales no amenguará jamás su grandeza. No se es un gran hombre sino por cualidades absolutamente personales e intrasmisibles; y éstas de que he hablado bastan a proteger la originalidad de Bolívar contra los hábiles esfuerzos de la imitación y el celo de las admiraciones entusiastas.

Una estructura mental como la suya, compuesta de átomos tan etéreos y vibrantes; una organización de gran poeta por la delicadeza nerviosa e irritable de sus fibras, la agudeza de sus sentidos y la fuerza plasmante de su imaginación, como lo atestigua el hecho de que vulgares rozaduras, sin consecuencia, tuvieran, a sus ojos, caracteres de irreparables desgracias, consecuencia de la extremada sensibilidad de las organizaciones superiores, afirmada por Spencer; y, a todo esto, el fenómeno ambiente: la influencia mórbida de aquello más que revolución, cataclismo político y espiritual que a él mismo lo doblega y abate y desordena las inteligencias medianas que lo circundan; en una palabra, todas esas causas generales y personales, sin actuación apreciable en el vulgo, ¿hicieron de él un enfermo?

Si es verdad que sólo las medianías gozan de perfecta salud; si el excesiva talento y su absoluta carencia merecen al par el ser acusados de locura, según el decreto de la general estulticia, constatado por Pascal; si hallar en sí mismo lo que los otros hombres van buscando vanamente a su alrededor y proclamarlo luego, entre el general asombro, es estar loco; si exceder por la cabeza a la grey doblegada sobre el pasto es estar loco; si ofrecerse como holocausto ante el Infinito en rescate de la universal abyección es estar loco; sí, Bolívar era un enfermo; pero resucitar, como novedad científica entre nosotros, teorías rancias del tiempo de Aristóteles y victoriosamente contestadas en Europa y aplicárselas —desde luego que haciendo abstracción del hombre— al Libertador, para concluir que su genio fue neurosis o epilepsia, eso, sobre constituir una injuria a la dignidad del Héroe y a la Ciencia, es una falsificación de la Historia.

Injuria a la Ciencia, porque se desconoce que entre hombre y hombre nada hay más diverso que las sensaciones, más variable que los sentimientos ni más cambiante que la imaginación. Así, toda generalización es arbitraria y anticientífica y raya en temeraria cuando se aplica a términos que resisten a toda comparación, porque carecen de elementos de analogía. ¿Qué hay de común entre la independencia de la América y la Conquista de las Galias o el Código Napoleón, por ejemplo? ¿En qué se parece la vida entera de San Vicente de Paúl a Parménides de Platón o a la Mecánica Celeste? ¡Tremendo acertijo! ¡La causa del Genio! pero, señores, si nosotros no sabemos qué es el genio y quizá los infelices que lo tienen no están más versados que nosotros sobre el particular, hasta el punto de que uno se pregunte si ellos mismos no serán inconscientes e irresponsables de su poder de hacer milagros... Probablemente, ha de venir el día en que esa misteriosa acumulación de los siglos nos sea revelada y llegará el sabio que nos diga de dónde vienen ellos y en qué se diferencian de los demás hombres. Pero mientras tanto, conformémonos con admirarlos y no queramos reducirlos a nuestro nivel ni a regla general alguna porque cada genio es un género en sí; y por serlo es por lo que desconcierta a la Ciencia que no sabe ni tiene el derecho de saber qué es el genio. El escalpelo, que es su único medio de experimentación, no

se lo ha revelado todavía. Las mismas bases anatómicas no son, que yo sepa, abundantes ni aun para los más cándidos prodigadores del excelso calificativo. Imposibles, desde luego, las comparaciones anatómicas, también. Infundadas las analogías entre las culminaciones de la imaginación inventiva y las vulgares excitaciones de las fiebres; esa pretendida similitud entre la inteligencia mecánica animal y la inteligencia genial, pura metáfora que no puede ser erigida en ley soberana de la crítica; y los diagnósticos retrospectivos, azarosas aventuras clínicas cuando no simples alardes de pedantes.

Fáltame hablar de las anécdotas, terreno baldío de los padres putativos de cuantos son ya lugares comunes, recogidos de bocas anónimas, la sinceridad de cuyas deposiciones nadie ha controlado todavía. ¡Las anécdotas! Por no aleccionarse con Moreau de Tours y por no seguir el consejo de uno de los más finos psicólogos modernos, se ha hecho desembocar en la Historia el turbio afluyente de relatos inverecundos y se les ha otorgado una tan sospechosa beligerancia que, a la hora presente, hay todavía sobre la mesa de la Academia de Medicina una cuestión mortificante en pie. La Academia, que no tiene la misión de disecar Genios, proclamará que Bolívar, gloria de la América, no puede ser justiciable como tipo clínico; y, si fuera lícito hacer intervenir la Patología en asuntos que interesan al patrimonio moral de un Continente, afirmará lo que todos aprendimos; esto es, que ni la superioridad intelectual es síntoma y manifestación de neurosis ni ésta es consecuencia de aquélla sino tal vez "su fuerza de impulsión" *ni la una y la otra se excluyen entre sí*; y la Historia científica, la Historia verdadera, seguirá repitiendo que Bolívar fue un Genio, no por su razón, no por su voluntad, no por su sensibilidad, sino por el armonioso acuerdo de todas estas potencias juntas, que supo emplear aisladas cuando las circunstancias lo requirieron; que Bolívar fue un genio con la grandeza loada de Pascal, no por haber salido de la humanidad, que providencial no lo fue él ni para sí mismo, sino por haber permanecido siendo un hombre, todo un grande hombre eso sí, vinculado a la Humanidad, no a la humanidad de los Santos y de los Impecables, sino a la humanidad humana, a la que en el Libro Sagrado se llama sencillamente: "nuestro prójimo".

Los Pueblos se fueron tras sus huellas, por eso; porque, en la Historia, los Pueblos, gracias al infalible instinto que los determina, no siguen ni se inmolan a los hombres egoístas, sino a los hombres que han surgido de su seno, hechos con su carne y con su sangre, modelados con sus mismas virtudes y defectos y cuyo corazón oyeron algún día palpitar, al ritmo borbotonante del suyo, bajo la pétrea ataraxia del Héroe.

Yo he visto un retrato suyo, clavado en la pared de una casa de viejos militares, tan cerca del cristiano altar, que lo alumbraba el mismo resplandor de las lámparas votivas; tan cerca de los santos que, por su frente, pasaba, rozándola, el vuelo inmortal de las plegarias ingenuas. El rostro huesudo, devorado por la fiebre; la diestra mano, bajo el peto festoneado de laureles; los ojos negros, trágicos, enormes; y, en sus ojos, toda su alma, absorta en el desfile fulgurante de sus victorias como un pastor caldeo en el cielo estrellado... así, canonizado por el amor popular, hacía me pensar en los empecatados caballeros de otros tiempos, convertidos a vueltas de durísimas

penitencias en Santos. Y qué, él, también, al hacer Patria antes que el Patriotismo, ¿no operó milagros que borraron definitivamente la noción de lo imposible entre nosotros? Su honda exultación en las victorias ¿no tuvo, acaso, por rescate, la agonía desgarradora de Santa Marta? Y de todas sus ambiciones ¿cuál fuera el logro? ¡Ceniza! ¡Polvo! ¡Nada! Más tarde, cinco naciones arrepentidas irán a llorar sobre su tumba entre el sordo redoble de los tambores enlutados y el aullido lúgubres de los cañones que sienten pasar el fantasma del terrible domador; y cuando la Gloria, hendiendo los aires, trace en el cielo de la América el surco ya imborrable en lo adelante de su vuelo y descienda atónita a posarse sobre el humilde catafalco, el Héroe más alto que el Odio, más grande que la Tumba, más fuerte que el Olvido, resucitará de entre los muertos para asistir a su divinización.

La iconostasia doméstica es, pues, una realidad nacional. Los viejos militares que al orar junto a él le montan guardia, sin saberlo, somos los venezolanos de 1813, los de 1819 y los de siempre. En vano se quiere modificar nuestros cerebros. La esencia de nuestra raza, raza de aventureros de alto vuelo y de místicos fogosos, permanece intacta. Amamos la calma; sólo por las cosechas nos desvelamos; y cuando alzamos los ojos al cielo no es por ira, no; sino porque interrogamos a las nubes que pasan por la lluvia providente del sembrado; pero que no estalle, vuele y devore una chispa el vecino otero, porque el Hombre de los heroísmos se desprenderá del muro en que lo veneramos para arrastrarnos a donde quiera; y detrás del Bolívar del altar, animado por nuestra incurable idolatría, nos lanzaremos, sin vacilar, ávidos otra vez de charangas épicas, de banderas desplegadas, de ruidos, de aventuras y de fuerza...

Los Aristarcos de su genio, armados de los instrumentos gratos a las medianías, la escuadra y el centímetro, han caído sobre su gloria porque no han sabido discernir ese su coeficiente colectivo; porque no han sabido comprender que, más que el Libertador, él es un Avatar fulgurante de la Raza, la Patria misma, tal cual fue ayer y tal cual la soñamos para lo porvenir. Sin pensar que, al herirlo, se nos hiere en cuanto tenemos de más sensible, las anécdotas licenciosas y las incriminaciones sin prueba, llueven sobre su nombre. En las manos de estos escribas, el puñal del negro sicario se llama Historia. Miran el pasado a través de espilleras; y por eso, en sus catálogos de hechos descarnados y de informaciones tediosas, reveladores, a lo sumo, de malsana curiosidad bibliográfica y plagados de citas que recuerdan por el ensañamiento escolares pedantes, encarnizados en una construcción viciosa, no se divisa, siquiera, la fisonomía del Gran Lapidado ni se descubren el medio anárquico en que debatió ni sus miras históricas ni sus relaciones con sus contemporáneos ni su realidad tangible. Anotan sus yerros; pero no mencionan las objurgaciones colectivas de los mismos. Dicen lo que hizo; pero callan lo que no quiso hacer a despecho de la general complicidad. Las excitaciones ambientes a que resistió son silenciadas...

Bolívar y el Libertador, el Hombre y la Función, deben ser estudiados separadamente porque cada uno de ellos tiene un modo de ser particular. Donde el uno cede el otro resiste; cuando aquél cree, éste blasfema; y mientras el segundo exalta o abate estrepitosamente, el primero infirma por ante su sola soberana razón, la fuerza de cosa juzgada de los fallos ejecutoriados del segundo. Parece tener tres o más

conciencias como parece tener muchas almas... Pero lo cierto es que si Bolívar ama la verdad, el Libertador ama su obra. La conciencia superpuesta de su misión concluye imponiéndose; pero la del hombre protesta, de manera que frente al personaje de Corneille, tonante en el estrado luminoso, según la lógica de la escena y de la situación, hay siempre confundido entre los espectadores un señor bilioso, mordaz, que se revuelve impaciente en su butaca y se ríe sin mesura del primer actor, del drama y de los comparsas. ¿Quién? ¡Él mismo! Entonces, ¿a cuál de los dos creer? La pregunta, si se ha hecho, es ociosa. ¡A los dos!

Pudiera decir que se trata de un desdoblamiento de la personalidad en el estado normal; porque la verdad es que las sinceridades se suceden en él. Necesita exhortar, predicar, apostrofar, proclamar, arengar *ore rotundo*, hacer *fanfarronadas*, acordar ascensos deslumbrantes, administrar justicia, deleitar y edificar a toda costa a su auditorio, ávido de enormidades, no con demostraciones a lo Euclides, que lo harían dormirse en pie, sino con dramas de enmarañada intriga y de espeluznantes aparatos, conformes al gusto de la época; pero cuyos desenlaces precipita o altera a su capricho el alma incoherente y contradictoria de las multitudes, que fueron siempre arbitras de la escena en el trepidante Coliseo. Y entonces vive él la vida del personaje ideado y creado por él mismo, tan honda y tan intensamente, que es la horrible sobreexcitación nerviosa suya la que se apodera, como un demonio desconocido, de amigos y de enemigos y entre la vertiginosa movilidad de las facciones le asegura el triunfo de la causa a la cual se ha dado sin reservas. De regreso a su casa, toda la fantasmagoría disipada, áfono ya, extintas las luces, resfriado su público y él mismo curado de aplausos, ovaciones y andanzas, será el viviseccionador impasible, el analizador implacable de las propias y ajenas flaquezas, y, a través de las pompas desvaídas del artista prodigioso, se verá al misántropo adolorido...

La razón de Estado lleva a costas la suya personal como una paralítica impotente a dirigirla y la obscurece; pero no la extingue. ¿No os parece que tiene un aire de familia con las víctimas del Fatum antiguo, en Esquilo o en Sófocles? Él mismo lo reconoce: yo no he podido hacer bien ni mal, dice, humildemente. Es que en su alma se cumple la tragedia de la selva americana: el árbol primitivo que se mustia bajo la asfixiante constricción de las raíces del parásito y desaparece bajo la tóxica floración de su ramaje, hasta que el hacha del leñador pone cese a la brutalidad inexorable del asedio. Así, cuando se acerca la verdadera libertadora suya y la universal apatía lo invade y se siente sin fuerzas para nada, su conciencia individual recobra altísima integridad, asáltanlo reflexiones que transparentan, junto con la tristeza que emana de las cosas borradas sin esperanza, la serie de muertes sucesivas que ha padecido en su corta existencia; y nos dice la verdad, toda la verdad que ha amado, en frases que, más que el testamento de su genio, encierran la clave de su espíritu y la solución de todos los problemas que suscita su vida enigmáticamente poliforme.

Señores: La Historia deja de serlo cuando por sus páginas no pasa el soplo del Espíritu que revivió ante el Profeta los huesos blanqueados: un soplo de simpatía y de Justicia. En su robusta ignorancia, analistas oscuros que aparentan saber de toda eternidad lo que husmearon la víspera en libelos que fueron antaño desahogos de

impotentes iras, acusan los actos sumarios y excesivos de él; pero no perciben las mil raíces que ligán éstos a los actos inocentes y gloriosos; y que, por tanto, los explican si no los justifican. Sin hablar de que toda gran revolución tiene condiciones de existencia señaladas por signos de necesidad ineludible, condiciones fatales de las cosas, raras veces conformes con los deseos de los espíritus puros ni con las leyes conservadoras sociales, importa hacer constar, una vez más, que la naturaleza ignora los caracteres homogéneos y que las combinaciones de los mismos son innumerables e incesantes. Al desconocer estas verdades elementales, al no tomar en cuenta las circunstancias de gestación y de incubación de los hechos históricos, debe entenderse que se ha abdicado el derecho de juzgar las acciones del Héroe y que se ha comprometido el crédito del veredicto. Muy lejos de abandonarse a la emoción directa como lo hacemos los patriotas, únicos que a este título y sin llegar jamás a las justificaciones doctrinarias, podemos, procediendo como Jurados —sin considerarnos, por tanto, sometidos a una Jurisprudencia compulsoria para dictaminar sobre casos semejantes— absolver a nuestros grandes hombres, aceptándolos tales cuales ellos fueron o tales cuales los necesitamos, consultan Códigos que han recibido el mentís de los siglos; aplican, meticulosos, artículos que no han previsto la actitud del Genio en los grandes cataclismos; y concluyen haciendo de un fenómeno histórico y de una fuerza cósmica, que todo eso fue Bolívar, un caso de moral individual. Yo no sé que esté compilada todavía la casuística de los Genios. La vida de ellos me parece un asunto personal con la Divinidad. La santidad de las costumbres es cosa que atañe a los grandes fundadores de Religiones. Sin reconocerle a nadie la libertad del mal, fuerza es convenir en que el deber único del que tiene una espada es vencer.

Los días pasan. Los Pueblos olvidan. Las Epopeyas se hacen para los descendientes ingratos o desmemoriados, leyendas, mitos, sueños. ¿Se despoblará algún día nuestro Panteón Nacional? Ya empieza a decirse que no hay Héroes, que no hay Mártires, que no hay Centauros. Bolívar y los demás Libertadores son fantasmas engendrados por nuestra loca fantasía. Pero, señores, si nos quitan esos fantasmas ¿qué nos dejan? Si se nos arrebatara el ayer ¿qué nos queda? ¿La verdad? Pero, ¿cuál? Porque la verdad no existe fuera de algo eterno o santo; ¡y lo eterno y lo santo para los Pueblos es el Pasado, es su pasado, erigido con la sangre de sus hijos, con el llanto de sus madres y con las cenizas de sus muertos sobre los campos de batalla! Entonces ¿qué ídolo es ése que se nos propone alzar sobre las tumbas de nuestros padres y sobre las ruinas de todos nuestros altares, como postrer refugio de nuestra adoración defraudada? ¿Servirá él a reemplazar la sólida tradición heroica que asignando a nuestro pueblo una estirpe casi divina nos tranquiliza acerca de los destinos futuros de la Patria; o, siquiera el hondo escalofrío que nos sobrecoge cada vez que pronunciamos este solo nombre: Bolívar? Diríase que oscureciendo el recuerdo de sus grandes hechos pretéritos no quisiéramos sino relevarnos del austero deber de imitarlos. Su sombra es ya lo único que poseemos. Es mucho, sin embargo, es todo, esa sombra espectral que debe guiar todavía al Deber millares de corazones. El Sembrador de prodigios fue lejos... La labranza era inmensa... Los surcos se perdían en el horizonte... Cayó la noche... El Genio, como todos los Genios, pasó, lastimándose con los pedruscos de la sierra,

desangrándose entre el zarzal, jadeante, sudoroso, triste; pero siempre en pie, siempre hacia adelante y prodigando al aire puñados de simiente sobre la tierra ávida. Ahora, el Sembrador no ha de volver; pero la semilla ha quedado; el trigo va a germinar; y cuando la rubia cosecha se haya desparramado por el desierto en garbas de oro, alimentará a las generaciones con el pan cotidiano: ¡un pan de Fuerza, de Salud, de Energía y de Esperanza!... He dicho.